A photograph of Pope Francis in his white papal attire, smiling and waving with his right hand. He is standing on a balcony or walkway, with a blurred background of a city street and buildings. The text of the article is overlaid on this image.

LA PROFECÍA COMO CLAVE SISTEMÁTICA EN LA ENSEÑANZA DEL PAPA FRANCISCO

Martín Gil Plata, Pbro.¹

RESUMEN

El presente artículo explora un posible estudio sistemático de esta enseñanza de Francisco desde los principios rectores de su escritura y su homilética temprana y de sus signos concretos para dar a la Iglesia un carácter de comunidad profética en salida, inmersa en la corriente de la historia y atenta a los signos de los tiempos.

Palabras clave: relacionalidad, proximidad, educación, procesos, hábitos, gratuidad.

¹ Doctor en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente es párroco en La Epifanía y docente e investigador del programa de Teología de la Fundación Universitaria Monserrate.

“¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?”. Él les preguntó: “¿Qué cosa?”. Ellos le respondieron: “Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo”.

Lc 24: 18-19

*Non coerceri a maximo,
continere tamen a minimo, divinum est*

San Ignacio de Loyola

El pontificado de Francisco ha presentado algunos rasgos particulares que, dentro de la tradición papal y en consonancia con sus predecesores, lo hacen único en su forma de comunicar y en la propuesta específica de Reforma de la Iglesia a partir de la pobreza y la salida hacia las periferias existenciales como expresión netamente profética.² Los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI han acentuado el carácter doctrinal del cristianismo, abriendo igualmente el camino a sus amplias implicaciones sociales. Francisco insiste ahora en el itinerario del Evangelio entre los hombres de nuestra época, con un énfasis particular en las actitudes vitales y en la coherencia cristiana, es decir en la práctica de lo escuchado en la predicación del Evangelio y en la meditación de las verdades de la fe como un todo.

El Papa Francisco caracteriza como “núcleo fundamental la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (*Evangelii Gaudium* [EG], núm. 36). De esta idea extrae consecuencias prácticas para la predicación: en ella no debe circunscribirse a aspectos secundarios, sino que debe entenderlos desde el centro del mensaje de Jesucristo. Únicamente contemplando las verdades de la fe en su relación intrínseca es posible que vuelvan a resplandecer en su belleza originaria y en todo su atractivo. Sólo así puede difundirse de nuevo la fragancia del Evangelio (EG, núm. 39). No se trata de establecer un principio excluyente al que recurrir para eliminar o descartar como menos vinculantes las llamadas verdades secundarias o aparatosas (*sperrig*). Lo que el Papa Francisco busca es un principio hermenéutico inclusivo y, sobre todo, un objetivo pastoral de la predicación con cuya ayuda se pueda entender en toda su belleza intrínseca y hacer resplandecer de nuevo el Evangelio entero e íntegro (Kasper, 2015, p. 50).

Asumo desde ahora la hipótesis de Jose Luis Scannone (2017) según la cual la perspectiva de Francisco retoma el pensamiento de Romano Guardini (1895-1968) y la doctrina

espiritual de Ignacio de Loyola con una insistencia en lo concreto como modo religioso particular del cristianismo y de la oposición (*Gegensatz*) como condición perenne del devenir histórico (pp. 253-274). El pensamiento sistemático de Francisco ha de buscarse en su método recurrente de aproximación, en sus signos personales (Puente, 2013, pp. 20-22) y no en la simple secuencia orgánica de sus afirmaciones. Por otra parte, es necesario ubicar su enseñanza en el marco de los desarrollos propios de la “teología del pueblo” en Argentina, sus fuentes culturales y su alta valoración de las manifestaciones de la piedad sencilla (Scannone, 2017, pp. 29-30).³

Lo que el Papa Francisco busca es un principio hermenéutico inclusivo y, sobre todo, un objetivo pastoral de la predicación con cuya ayuda se pueda entender en toda su belleza intrínseca y hacer resplandecer de nuevo el Evangelio entero e íntegro (Kasper, 2015, p. 50).

Entender el discurso del Papa Francisco supone, entre otras cosas, entender el punto de partida de una parte de la teología argentina, y ese punto de partida no sólo es el conocimiento científico lineal sino también la sabiduría popular ambigua [...]. Esto hace que el objeto de estudio de la teología argentina del pueblo sea el logos inculturado [...]. Para esa teología el método es, según Scannone, el analéctico, que permite sentir —y no conocer, que sería lo propio del método científico, en la cultura popular, su núcleo de sentido, el cual es ético-sapiencial. Para esta posición teológica particular, las mediaciones sociales —es decir, sus instituciones—, encarnan al pueblo, pero no son el pueblo, ya que este las trasciende; otro ejemplo de unión sin confusión (Cuda, 2016, p. 200).⁴

En *Evangelii Gaudium* están formulados ya los principios rectores de todo el pensamiento reformador de Francisco: 1) el tiempo es superior al espacio, 2) la unidad prevalece sobre el conflicto, 3) la realidad es más importante que la idea y 4) el todo es superior a la parte y a la mera suma de las partes. Conviene explorarlos y ver la manera en que Francisco los aplica en sus discursos y en sus gestos.

Primer principio. El tiempo es superior al espacio

Francisco establece la bipolaridad nunca resuelta entre la seguridad del espacio acotado y la incertidumbre del tiempo. El espacio eclesial en sus diversas expresiones tradicionales consolida un largo proceso —en sí valioso

² La misma elección de su nombre como papa es analizada como un gesto emblemático de todo su plan de trabajo, su perspectiva eclesial y su actitud espiritual. (Amigo Vallejo, 2014, pp. 13-31).

³ Acerca de los matices propios de la “teología del pueblo” frente a la clásica teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez.

⁴ Véase la aplicación que el mismo Bergoglio hace a partir del poema “Martín Fierro” para la conformación de un pueblo, en la pascua de 2002 (Rubin y Ambrogetti, 2013, pp. 167-192).

pero no estático o definitivamente logrado— de adecuación a la Verdad plena, pues, en últimas, la Iglesia no es una magnitud para sí misma. Espacio y tiempo se dan a la par, pero el tiempo mira hacia la esperanza incondicionada (Lumen fidei, núm. 57). Lo ya poseído en el espacio es motivo de acción de gracias, pero no es la instancia final; sólo el tiempo revela el valor auténtico de las intuiciones espirituales y de las concreciones pastorales históricas, evitando así una servidumbre de las estructuras:

Ser cristiano no significa hacer cosas. Significa dejarse renovar por el Espíritu Santo. Para usar las palabras de Jesús, significa convertirse en vino nuevo. La novedad del Evangelio es una novedad en la ley insita en la historia de la salvación. Y se trata de una novedad que va más allá de nuestras personas y renueva las estructuras [...]. En la vida cristiana, y también en la vida de la Iglesia, existen estructuras caducas. Es necesario renovarlas. La Iglesia está siempre atenta al diálogo con las culturas y busca renovarse para responder a las diversas exigencias señaladas por los lugares, tiempos y personas [...]. La Iglesia siempre ha ido delante de este modo, dejando que fuese el Espíritu Santo quien renovara las estructuras. Y enseñó a no tener miedo de la novedad del Evangelio, aquella que realiza en nosotros y en la renovación de las estructuras. La Iglesia es libre. La conduce el Espíritu Santo. Es esto lo que Jesús nos enseña en el Evangelio: la libertad necesaria para encontrar siempre la novedad del Evangelio en nuestras vidas y también en las estructuras. La libertad de elegir otros nuevos para esta novedad. El cristiano es un hombre o una mujer libre, con la libertad de Jesucristo. No es esclavo de costumbres ni de estructuras (Francisco, 2013a, pp. 340-341).

En otro nivel, la categoría de pueblo de Dios no consiste tampoco en un recinto cerrado plenamente identificable por sus rasgos exteriores, sino una magnitud del espíritu en permanente conformación y materialización gracias al impulso del Espíritu. Por eso, la misma evangelización no puede concebirse como un espacio asegurado o poderoso en el conjunto de valoraciones y acciones que llamamos cultura, sino como un proceso de maduración en la fe aceptada libremente, que desemboca siempre en nuevos acontecimientos históricos, iniciativas pastorales y movimientos espirituales y apostólicos de alcance inusitado. Los procesos del Pueblo de Dios superan la ansiedad de lo conseguido y motivan el obrar a través de la voluntad y la convicción (EG, núm. 223).

La Iglesia que habita una época no puede ni aferrarse a las formas caducas de gobierno (Castellanos, 2016, pp. 63-79) o presencia de un pasado superado ni anticipar por veleidad o puro deseo de novedad los rasgos de su acción futura. El presente jalonado por la acción del Espíritu configura una obediencia en la fe⁵ y la mirada prospectiva que ésta requiere no es un cálculo de interés, sino una decisión de conservar la profecía en toda nueva circunstancia o advenimiento de hechos transformadores. La conciencia del tiempo que pasa y los retos del futuro no configuran para la Iglesia un juego adivinatorio, sino una declaración de una fidelidad a la verdad del Evangelio en los cambios históricos realmente imprevisibles humana. “El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno” (EG, núm. 223). Así, la prospectiva pastoral es una disciplina humilde que valora los procesos más que los resultados y está atenta a los matices y hechos que evidencian nuevos rumbos e insistencias, motivando la conversión, la creatividad y la valentía (Comblin, 2012, pp. 256-262).



5 En los Ejercicios de San Ignacio, anotaciones 11a y 12a se invita al ejercitante a la sumisión al presente como tiempo de gracia: debe vivir cada momento y cada etapa de los Ejercicios como si en la siguiente “ninguna [cosa] buena esperase hallar”. Los Ejercicios no se plantean como una planeación detallada de las decisiones futuras, sino como una experiencia de discernimiento confiado bajo la guía del Espíritu. Conviene no anticiparse a los ritmos de Dios y, en cambio, aprovechar todas las posibilidades que el Señor ofrece en el instante.



También desde esta perspectiva, es inviable en lo concreto el tradicionalismo, como anhelo nostálgico de formas y concepciones ligadas a un tipo de sociedad, a una relación específica con el poder, a categorías estéticas establecidas o como una simple inseguridad psicológica frente a los tiempos de cambio. El espacio vivo de la *tradición* no puede reducirse a las expresiones limitadas de una costumbre o una mentalidad nacional, sino que debe mantener su capacidad de transformación y adaptación. Es más riesgoso apegarse a las tradiciones y resultar en el fondo obsoletos, que valorar y seguir las reglas del desarrollo doctrinal y litúrgico que han engendrado la *tradición* y le han dado un lenguaje comprensible tanto a nivel local como universal. El verdadero cisma consiste en detenerse en un momento particular de la *tradición* y no en seguir las características y leyes propias de su legítima evolución.⁶

Lo contrario de la actitud tradicionalista también se revela inadecuado, lo que Francisco llama “progresismo adolescente”, fascinado sin discernimiento por los valores de la cultura dominante. En este caso, el espacio privilegiado es el futuro que se pretende poseer a través de las decisiones de vanguardia, sin la justa valoración del ritmo presente y de la distancia crítica frente a cambios de época no siempre sólidos ni conformes a la verdadera naturaleza del ser humano. La anticipación nerviosa del futuro puede igualmente engendrar ideologías que desvirtúan el carácter histórico presente y los logros vigentes del pasado.

La ley del Espíritu nos lleva por el camino del discernimiento continuo para hacer la voluntad de Dios, también esto nos asusta un poco. Pero cuando nos asalta este miedo corremos el riesgo de sucumbir a dos tentaciones. La primera es la de volver atrás porque no nos sentimos seguros. Pero esto interrumpe el camino. Es la tentación del miedo a la libertad, del

miedo al Espíritu Santo: el Espíritu nos da miedo [...]. Pero la seguridad plena está en el Espíritu Santo que te conduce hacia delante, que te da confianza y, como dice San Pablo, es más exigente: en efecto, Jesús dice que “antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley”. Por lo tanto, es más exigente incluso si no nos da la seguridad humana, porque no podemos controlar al Espíritu Santo. [...] La segunda tentación es la de un “progresismo adolescente”: es una cultura que va adelante, de la que no logramos desprendernos y de la cual tomamos las leyes y los valores que más nos gustan, como hacen precisamente los adolescentes. Al final, el riesgo que se corre es el de resbalar, así como el coche patina en el hielo y se sale de la vía. [...] El camino a seguir es este: la ley es plena, siempre en continuidad, sin cortes, como la semilla que acaba en la flor y luego en el fruto. El camino es el de la libertad en el Espíritu Santo, que nos hace libres, en el discernimiento continuo sobre la voluntad de Dios, para seguir adelante por este camino, sin retroceder ni resbalar (Francisco, 2013a, 259-262).

Desde ya se vislumbra que la reforma de la Iglesia propuesta por Francisco involucra el desasimiento de unos espacios fijos de poder, grandeza o riqueza para aventurarse en el Espíritu para responder a los nuevos tiempos. La periferia existencial no se alcanza desde un centro fijo, seguro y cómodo, sino desde el permanente movimiento hacia lo no-disponible y provisional. El primer sujeto profético, el pueblo de Dios en su conjunto,⁷ ha de abandonar su falsa conciencia de estabilidad y fuerza a toda prueba para experimentar la debilidad inherente al mensaje de la cruz, lo cual introduce ya en la realidad del conflicto y tensión entre la Iglesia y el mundo.

Segundo principio. La unidad prevalece sobre el conflicto

En este punto, la influencia de Guardini es explícita en la concepción misma de la historia como entidad viva y concreta, marcada por la pluralidad y el contraste, sin síntesis ni reducciones definitivas:

La vida se experimenta como algo que tanto puede implicar en sí lo uno como lo otro. Como una forma de ser o proceso que tanto puede ser lo uno como lo otro. Esta afirmación será vista, en principio, como una paradoja desconcertante. También lo es. La vida es esencialmente paradójica: y la correlación que estudiamos aquí es una de las raíces de tal condición. Este hecho de que lo estático y lo dinámico, la estructura y el acto, la duración y el fluir, el estado y el cambio se comporten así mutuamente, de que cada uno de estos aspectos se vea impulsado por su sentido esencial primario a alejarse de los otros y excluirlos, y sin embargo, aboque a lo imposible cuando no reconoce al otro en sí mismo y le deja imponer sus derechos; el hecho de la mutua exclusión

6 Wolton, 2017, pp. 315-321. Un aporte significativo del Cardenal Newman al respecto está descrito en Gil (2020, pp. 164-178).
7 Intuición fundamental de la teología de la Liberación (Müller y Gutiérrez, 2013, p. 89.)

e inclusión, a la par, es el contraste. No se trata, por tanto, de una “síntesis” de dos elementos en un tercero. Ni de un conjunto cuyos polos representen “partes”. Ni mucho menos de una mezcla tendiente a lograr cierta forma de equilibrio. Estamos, más bien, ante una relación originaria, totalmente singular: un *protofenómeno*. Cada polo del contraste no puede ser deducido del otro, ni ser hallado a partir del otro. [...] Ambas partes del contraste son esencialmente autónomas, y entre ellas media una frontera real y cualitativa. A partir de la una solo se puede llegar a la otra mediante un acto específico, un tránsito cualitativo. Pero las dos partes se dan siempre a la par; la una solo es posible y pensable junto con la otra. En esto consiste el contraste: que dos elementos, cada uno de los cuales está en sí irreductible, indeducible e inconfundiblemente, se hallan, sin embargo, indisolublemente ligados entre sí, y no pueden ser pensados sino cada uno junto al otro y en virtud de él (Guardini, 1996, pp. 89-90).

La asunción consciente de este contraste y de su paso cualitativo es quizá lo que Francisco entiende al momento que diferencia la conducta profética del cristiano frente a los valores y acciones del mundo, en la lista de “sí” y “no” (EG, núm. 52-109), de un corte más ignaciano. Sin embargo, en su pensamiento, el creyente está en el mundo, pero no aspira a una asimilación con él, no mezcla convicciones parciales y tampoco niega el contraste radical entre las opciones del Reino y las del mundo. La síntesis ocurre sólo bajo una unidad mayor que es la reconciliación, la paz, en que el contraste no genera la violencia, sino que reconoce la diferencia y el pleno derecho a existir:

De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna. Este criterio evangélico nos recuerda que Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de esta unidad y reconciliación de todo en sí es la paz. Cristo “es nuestra paz” (Ef 2, 14). [...] Si vamos al fondo de estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito donde estamos llamados a lograr esta pacificación en las diferencias es la propia interioridad, la propia vida siempre amenazada por la

dispersión dialéctica. Con corazones rotos en miles de fragmentos será difícil construir una auténtica paz social. El anuncio de paz no es el de una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una “diversidad reconciliada” (EG, núm. 228-230).

Sin embargo, ¿dónde recae finalmente la profecía? En la total obediencia al Evangelio en contraste con el mundo, sin engendrar más violencia que la que se hace sobre la propia vida para ajustarse a las exigencias del mensaje de Jesús. Las diferencias de estilo y énfasis se sintetizan en la unidad mayor de la paz, pero el cristiano no renuncia a vivir en oposición cuando esas diferencias afectan el núcleo de su vocación. Vivir distinto es la clave profética que proclama con las obras una apertura hacia una unidad superior otorgada por Dios y que posibilita una humanidad reconciliada. Esta unidad permite nuestra existencia en el mundo, al reconocer sus valores y aciertos, y al mismo tiempo revela sus contradicciones e injusticias. Esta es la posibilidad de la alegría por la presencia del Espíritu en la historia y la afirmación simultánea del contraste irreductible de una vida sólo para Dios. De aquí la oposición a toda mundanidad (Bergoglio, 2013, pp. 37-44) que, en el lenguaje de Francisco, fija en formas caducas lo que debería estar a disposición del Espíritu y dar la libertad de vivir “en salida de sí”:

Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio! (EG, núm. 97).

Desde ya se vislumbra que la reforma de la Iglesia propuesta por Francisco involucra el desasimiento de unos espacios fijos de poder, grandeza o riqueza para aventurarse en el Espíritu para responder a los nuevos tiempos.

La conversión de la mundanidad⁸ y la búsqueda de la interioridad, concilian los contrastes y los subordinan a la unidad espiritual de la vida. El salto cualitativo, sólo posibilitado por la gracia, pone de frente a las decisiones fundamentales. Lo concreto se modula y se proporciona a partir de valores trascendentes, en un incesante *ad maiorem gloriam Dei* que va configurando la existencia en sus opciones mayores y en los detalles de la cotidianidad. Lo contrario al valor trascendente será la idolatría de los propios logros intra-históricos:

Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos. Perdida la orientación fundamental que da unidad a su existencia, el hombre se disgrega en la multiplicidad de sus deseos; negándose a esperar el tiempo de la promesa, se desintegra en los múltiples instantes de su historia. Por eso, la idolatría es siempre politeísta, ir sin meta alguna de un señor a otro. La idolatría no presenta un camino, sino una multitud de senderos, que no llevan a ninguna parte, y forman más bien un laberinto. Quien no quiere fiarse de Dios se ve obligado a escuchar las voces de tantos ídolos que le gritan: "Fíate de mí". La fe, en cuanto asociada a la conversión, es lo opuesto a la idolatría; es separación de los ídolos para volver al Dios vivo, mediante un encuentro personal. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor, el hombre encuentra un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos (LF 13).

La decisión evocada sobre las opciones más fundamentales estará, por otra parte, siempre vinculada al misterio de la cruz. La neutralidad de las opciones sólo puede ocurrir en un plano nocional. Sin embargo, en la existencia concreta, el dolor del desprendimiento ha de preverse como un factor inevitable, un giro de la vida que ocasiona el desarraigo, la soledad, la incomprensión o, incluso, la persecución. Sin embargo, aquí la clave de lectura de Francisco opera con la certeza de la victoria. Las oposiciones vividas no están per se predispuestas al fracaso, sino que se inscriben en la promesa de la ayuda divina. La decisión cristiana que brinda un carácter a la vida no está sostenida apenas sobre la virtud humana, sino que se desarrolla en una salida de sí que posibilita la confianza en Dios:

Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: "Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad" (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica (EG, núm. 85).

La reforma de Francisco no postula un montanismo descarnado, sino una renovada opción de fe para toda la Iglesia y para el cristiano individual, una forma de centrarse en Dios a través de la conversión y para el testimonio.

El papa establece aquí un criterio teológico fundamental de la vida cristiana como profecía: no se trata de un simple empeño ético opuesto al modo de obrar mundano. La base de todo es la relación con la palabra de Cristo que sostiene la "ternura combativa" en el ámbito de la alegría y la paciencia. La reforma de Francisco no postula un montanismo descarnado, sino una renovada opción de fe para toda la Iglesia y para el cristiano individual, una forma de centrarse en Dios a través de la conversión y para el testimonio. El talante del cristiano en su lucha frente al mundo no está configurado por la simple oposición, sino por su vida dirigida al centro en torno al cual se toman armoniosamente todas las decisiones. En palabras de Guardini (1996, p. 220):

Yo creo que todo aquel que convierta la idea del contraste en una actitud intelectual equilibrada y recta, extrae de aquí un noble galardón: la conciencia de que existe un centro en su vida, y la voluntad de hacerlo vigente en su ánimo, y vivir de él y para él. El centro es el misterio de su vida. Es destruido cuando el hombre se pierde en lo particular. No cuando desciende a lo particular y despliega su modo propio de ser, pues esto debe hacerlo; sino cuando se pierde en este modo peculiar. Entonces se pierde el centro. Tan pronto como el hombre eleva a rango de su totalidad su condición particular, entonces se torna rígido ese centro libre en torno al cual vibra la vida. El centro es el misterio de la vida. Donde los contrastes están unidos; de donde salen; adonde retornan.⁹

8 Que en su caso extremo lleva a la corrupción y, por tanto, al bloqueo de este proceso de cambio (Cámara y Pfaffen, 2015, p. 272).

9 En lenguaje ignaciano: "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el

Esta búsqueda del centro personal y comunitario configura una intención permanente, un *leitmotiv* de la existencia cristiana en un proceso que llamamos “conversión”. El descentramiento del sujeto hacia Dios es ya, en la perspectiva de Francisco, un trabajo teológico, no sólo previo, sino recurrente, que fundamenta el amor por la verdad divina en una disposición de vida y en un anhelo de santidad. La seriedad noción expresa una opción fundamental por el valor de lo que se quiere conocer, una afirmación del sentido incondicional del misterio de Dios como respuesta a la vida del hombre. Sin embargo, la noción misma no es la base, como lo observa Lonergan (2006, p. 326):

En la lógica abstracta del clasicismo lo fundamental es la prueba; en la concreción del método lo fundamental es la conversión. La prueba apela a una abstracción llamada “recta razón”. La conversión transforma al individuo concreto para hacerlo capaz de percibir no solamente las conclusiones, sino también los principios.

Tercer principio. La realidad es más importante que la idea

Esta noción reafirma la misma tensión bipolar del segundo y enfatiza la necesidad de cuidar el lenguaje de la teología para mantenerlo en contacto con lo concreto y evitar su ideologización (EG, núm. 231). La separación de la realidad y la idea puede llevar a “purismos angélicos, totalitarismos de lo relativo, nominalismos declaracionistas, proyectos más formales que reales, fundamentalismos ahistóricos, eticismos sin bondad e intelectualismos sin sabiduría” (Ibíd.). Desde la perspectiva de Guardini, este principio deriva directamente de lo “espiritual concreto” propio de la fe cristiana que humaniza verdaderamente los postulados metafísicos y éticas en actitudes cotidianas como la bondad y la sabiduría mencionadas. Las definiciones clásicas de la teología siguen en pie, pero la pregunta específica es cómo se articulan en la historicidad y en la materialidad del mundo, en el encuentro con los demás y en la cuestión acerca de la autenticidad del amor.

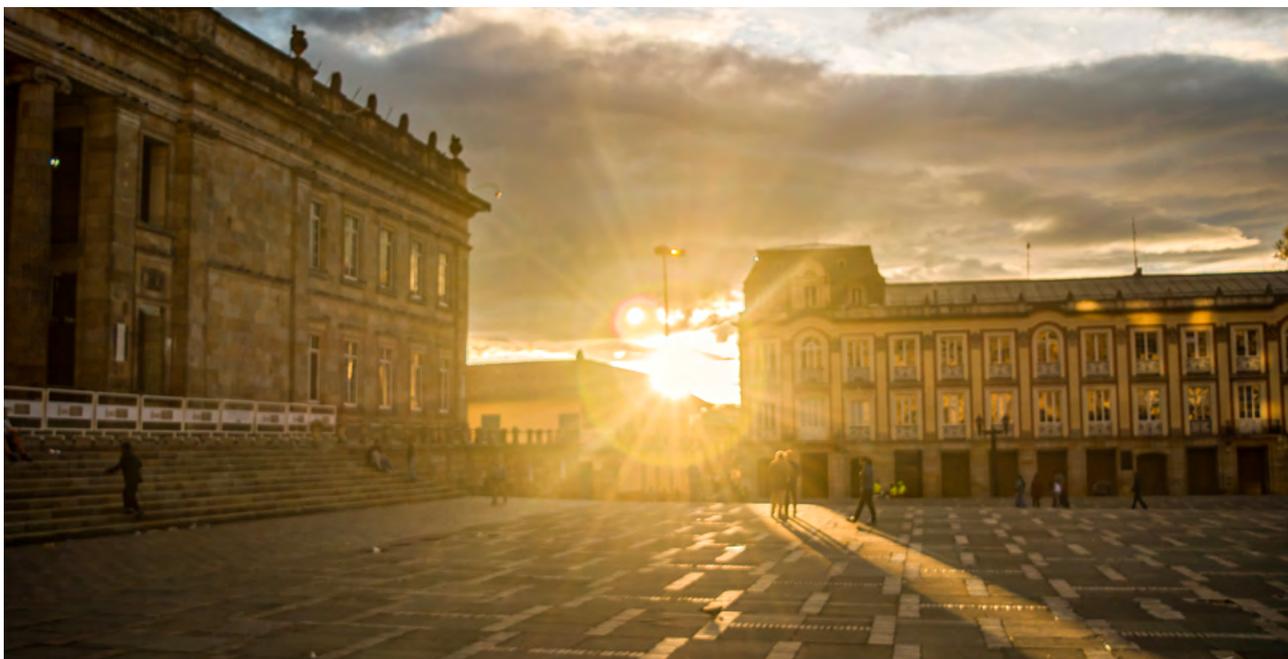
El camino, así, no está simplemente marcado por el desarrollo o la profundización de una idea, sino por una imitación concreta o un conocimiento por connaturalidad (nuevamente al estilo ignaciano). Lo concreto de la encarnación de Cristo pone ante la mirada de los hombres el ejemplo, en gestos y palabras, que ilumina las actitudes y las decisiones. Y este ejemplo tiene un carácter específico y muy real: el sufrimiento del Salvador. Los pasos del cristiano, luminosos en la alegría, no carecen de la contradicción y el dolor propios de Jesús y en estos, paradójicamente, se halla el consuelo:

Sólo contemplando la humanidad sufriente de Jesús podemos hacernos mansos, humildes, tiernos como Él. No hay otro camino. Ciertamente tendremos que hacer el esfuerzo de buscar a Jesús; pensar en su pasión, en cuánto sufrió; pensar en su silencio manso. Este será nuestro esfuerzo, después, de lo demás se encarga Él, y hará todo lo que falta. Tú debes hacer esto: esconder tu vida en Dios con Cristo. Para ser buenos cristianos es necesario contemplar siempre la humanidad de Jesús y la humanidad sufriente. ¿Para dar testimonio? Contempla a Jesús. ¿Para perdonar? Contempla a Jesús sufriente. ¿Para no odiar al prójimo? Contempla a Jesús sufriente. ¿Para no murmurar contra el prójimo? Contempla a Jesús sufriente. No hay otro camino (Francisco, 2013a, p. 39).

El riesgo de la ideología nace cuando la descripción noción prima sobre la contemplación y comprensión de lo real-concreto, cuando la idea se cierra a su aplicación efectiva o a los límites inevitables de la condición humana y la libertad. Lo moral y verdadero no existen en un modo abstracto sin el sujeto libre que puede expresarlos en acciones y palabras; y ese sujeto está siempre limitado por sus rasgos personales y culturales, su situación histórica y su capacidad real de conocer y aplicar, o más aún de indagar el sentido de su existencia y el mundo de los valores que la rigen. De allí que la misericordia y la magnanimidad corrijan la tendencia ideológica y se asienten en el



hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados (Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, núm. 23).



verdadero humanismo. Lo que toca al ser humano no es la idea pura, sino el afecto que suscita en él la llamada a una vida en concordancia con el ideal, cuando la noción atrae hacia sí la decisión y el ejercicio efectivo de la voluntad:

La idea —las elaboraciones conceptuales— está en función de la captación, la comprensión y la conducción de la realidad. La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. Hay que pasar del nominalismo formal a la objetividad armoniosa. De otro modo, se manipula la verdad, así como se suplanta la gimnasia por la cosmética. Hay políticos —e incluso dirigentes religiosos— que se preguntan por qué el pueblo no los comprende y no los sigue, si sus propuestas son tan lógicas y claras. Posiblemente sea porque se instalaron en el reino de la pura idea y redujeron la política o la fe a la retórica. Otros olvidaron la sencillez e importaron desde fuera una racionalidad ajena a la gente. [...] El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. [...] Este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda. No poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo (EG, núm. 232-233).

El carácter profético del cristiano se pone al servicio de este criterio y convoca a otros al seguimiento. La profecía no es una simple altura moral egocéntrica o una

advertencia sobre la maldad ajena, sino un signo concreto a partir de las convicciones puestas en práctica. La forma evangélica de la vida en su concreción histórica libra de la impostura ideológica, pues experimenta de forma real la dificultad cotidiana de vivir el amor y la justicia, el esfuerzo por discernir lo mejor a partir de los signos de los tiempos y la manera coherente y compasiva de ejercer la radicalidad e, incluso, el martirio. La ideología es una descripción de la realidad que, en verdad, no está dispuesta a tocar la historicidad y la limitación humanas; la profecía, en cambio, es la sabiduría que comprende al hombre y lo toca amorosamente en el núcleo de su debilidad.

Esta experiencia comienza en la misma vida del profeta que reconoce su pequeñez y su inadecuación con el camino de Dios. La profecía cristiana nace del arrepentimiento, la conciencia de la gracia y el perdón y la respuesta afirmativa a un itinerario de conversión y santidad (Jon 2:1-11). El papa quiere devolver a la vida de los cristianos, en su cotidianidad, los gestos del Salvador que configuran el verdadero anuncio, en palabras y acciones. La enseñanza no es el discurso, sino la vida que lo engendra. El profeta redimido y perdonado, libre de toda ideología, se abre humildemente al misterio inagotable de la Verdad revelada en Cristo y del amor concreto como horizonte y sentido *semper maior*. Así, comunica un mensaje trascendente, engastado en la pequeñez y limitación de su

el proceso de globalización no se hace por asimilación, igualación o simple incorporación, sino por una dialéctica entre diversos puntos de vista dentro de la lógica de la fe y sus variados matices.

existencia, sin más recursos que la confianza y el asombro agradecido.

Esta pobreza radical de la condición creyente lleva, por otra parte, a una sensibilidad particular por la situación de los más pobres, no con una simple mirada de benevolencia, sino con la conciencia del reto a la Iglesia de volverse ella misma pobre y de optar por ellos en preferencia, con hechos y palabras (Lonergan, 2006, p. 326). Un criterio de verdad vivida se abre para el discernimiento de toda la Iglesia:

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una *opción por los pobres* entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. “Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (EG, núm. 198).

Cuarto principio. La superioridad del todo sobre las partes y la suma de las partes

Este principio establece las relaciones indispensables entre lo local y lo global (EG, núm. 234), una perspectiva ya mencionada por Benedicto XVI (2012, p. 71). Aquí se plantea de manera específica la dialéctica entre la fe universal de la Iglesia y las expresiones religiosas arraigadas en los pueblos concretos, en particular la inmensa riqueza del catolicismo popular.¹⁰ Las creaciones locales tienen una palabra válida en el diálogo de la fe católica, al punto de hacer reconocer prácticas y ministerios limitados a comunidades pequeñas, pero legítimos en el contexto

de la encarnación de las creencias religiosas y de las específicas condiciones ambientales, históricas, sociales y culturales de una Iglesia particular.

Desde esta óptica, el proceso de globalización no se hace por asimilación, igualación o simple incorporación, sino por una dialéctica entre diversos puntos de vista dentro de la lógica de la fe y sus variados matices. El modelo no es la esfera, sino el poliedro, en que las caras, unas frente a otras, conservan su identidad y su palabra, se articulan, se reflejan y se iluminan mutuamente. La reflexión teológica no homologa las visiones, sino que discierne la validez de lo propio en el contexto de lo universal, y reconoce la voz profética del Espíritu allí donde ha habido un desarrollo legítimo y una praxis conforme al Evangelio:

El poliedro refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno. Allí entran los pobres con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades. Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse. Es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos. A los cristianos, este principio nos habla también de la totalidad o integridad del Evangelio que la Iglesia nos transmite y nos envía a predicar. Su riqueza plena incorpora a los académicos y a los obreros, a los empresarios y a los artistas, a todos. La mística popular acoge a su modo el Evangelio entero, y lo encarna en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta [...]. El Evangelio es levadura que fermenta toda la masa y ciudad que brilla en lo alto del monte iluminando a todos los pueblos. El Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino. El todo es superior a la parte (EG, núm. 236-237).

Esta decidida valoración de lo local es uno de los mayores aportes de Francisco a la teología actual y constituye una expresión clara de su opción por los pequeños y pobres, por las comunidades que deben aportar su voz y exigir sus derechos tanto en contextos limitados como en los ámbitos nacionales y globales. La autonomía de las

¹⁰ Este es uno de los pilares de la reflexión de la teología del pueblo, tal como se ha desarrollado en América Latina y, en especial, en Argentina. El Evangelio proclama la Encarnación del Hijo de Dios y, al mismo tiempo, se encarna en la historia y en las expresiones de los hombres. Una característica propia de la Teología del Pueblo es la valoración teológica y pastoral de la religión popular, al nivel de una “mística popular”, que refleja una específica relación con Dios y un universo de valores y prácticas. “La mística popular acoge a su modo el evangelio entero, y lo encarna en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta” (EG, núm. 237; Bergoglio, 2013, pp. 103-109).

comunidades, el impulso a la creatividad y la libertad laical¹¹ son un freno al clericalismo y al abuso de poder, es un camino profético de cambio, dignidad y afirmación de los derechos conculcados por las ambiciones de poder o riqueza. La voz de la pequeña comunidad, nacida de la lectura creyente de la Escritura, la solidaridad y la celebración es reconocida como válida en el poliedro de la expresión católica.

La opción por los marginados y el reconocimiento de su palabra en la Iglesia como sujetos proféticos, que hacen un llamado a la conversión y al seguimiento de Cristo pobre, ajeno a la búsqueda del dominio o la riqueza, reivindicada desde la tradición bíblica la voz del pobre y su clamor; los ojos de Dios sobre él y la exigencia ineludible de restablecer su dignidad y su aporte a la sociedad. Los encuentros con los excluidos, los enfermos, los migrantes, los discapacitados y los reclusos son la expresión simbólica y efectiva de cuanto el papa ha enseñado en sus encíclicas.¹² No es un pensamiento académico o simplemente ilustrado, cercano a los ambientes de élite, sino una búsqueda con el pueblo de la mayor coherencia al mensaje de Jesús. La conversión individual habrá de preparar cambios estructurales y sociales y ejercer una coherente revolución hacia la ternura y la inclusión (EG, núm. 88).

A modo de conclusión

La posibilidad de una lectura de la enseñanza de Francisco está abierta a partir de palabras clave como la profecía o la conversión, más que a través de esquemas fijos de argumentación o exposición. El sistema de Francisco está poblado de oposiciones que describen bien la existencia cristiana en su relación profética con el mundo y jalonan la propia conversión y reforma de la Iglesia en su interior. El profetismo cristiano, por otra parte, nos pone en camino y nos lleva hacia fuera, a las periferias, tanto en el sentido de la misión como de la riqueza de misericordia que abraza la diferencia y, sobre todo, que puede superar la exclusión.

Las palabras del magisterio de Francisco están acompañadas de sus signos personales, de las actitudes y gestos concretos que liberan el pensamiento de la ideología y lo sitúan en el centro de la auténtica humanidad, marcada por la debilidad y el pecado, pero acogida realmente y santificada en la encarnación de Cristo. La profesión de fe en Cristo, Dios hecho hombre, y la vivencia en coherencia con esta afirmación de fe, constituyen la base fundamental para el paso complementario de la imitación vital y la santidad por parte de cada cristiano, motivado y sostenido por la gracia.

La profecía cristiana es la plena asimilación en la vida de Cristo, interiormente consolidada en hechos y palabras, y convertida en testimonio para la vida del mundo.

Desde esta perspectiva, un tema recorrido en la enseñanza papal es un elemento a la hora de percibir un pensamiento orgánico o entender la unidad profunda de un proyecto de reforma. Cuanto el Papa Francisco enseña de manera oral, escrita o simbólica, es susceptible de una lectura transversal a partir de la profecía cristiana y de otras categorías que puedan bien dar cuenta de su aporte específico en la *tradición* a los particulares signos de los tiempos en que vivimos.

11 Tal como lo expresó en la alocución al CELAM del 28 de julio del 2013 (Francisco, 2013b).

12 Esto constituye un pilar fundamental de la bioética social del papa Francisco y al mismo tiempo de su espiritualidad más personal (De Velasco y De la Torre, 2020, pp.35-37). Véase también en Francisco (2014, p. 132-139) y en Cuda (2016, pp. 43-49).

Referencias

- Amigo Vallejo, C. (2014). Francisco de Asís y el Papa Francisco. PPC.
- Benedicto XVI. (2012). La infancia de Jesús. Planeta.
- Bergoglio, J. (2013). Selección de mensajes y homilías. Cobel.
- Bergoglio, J. (2014). En Él solo la esperanza. Ejercicios espirituales a los obispos españoles. BAC.
- Cámara, J. y Pfaffen, S. (2015). Darlo todo, darse todo. Relato biográfico del Papa Francisco. San Pablo.
- Castellanos, N. (2016). El Espíritu sopla desde el sur. Las reformas de Francisco. PPC.
- Comblin, J. (2012). La profecía en la Iglesia. PPC.
- Cuda, E. (2016). Para leer a Francisco. Teología, ética y política. Manantial.
- De Velasco, J. M. y De la Torre, J. (2020). Solidaridad y misericordia. PPC.
- Francisco. (2013a). Las homilías de la mañana. Editrice Vaticana.
- Francisco. (28 de julio de 2013b). Alocución en el CELAM. www.vatican.va.org
- Francisco. (2014). La Iglesia de la misericordia. Aguilar.
- Gil, M. (2020). Autobiografía y método teológico en John Henry Newman. Javeriana.
- Guardini, R. (1996). El contraste. BAC.
- Kasper, W. (2015). El Papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor. Sal Terrae.
- Lonergan, B. (2006). Método de Teología. Sígueme.
- Müller, G. y Gutiérrez, G. (2013). Del lado de los pobres. CEP.
- Puente, R. (2013). Cómo piensa el nuevo pontífice. Libros Libres.
- Rubin, S. y Ambrogetti, F. (2013). El jesuita. La historia de Francisco, el papa argentino. Vergara.
- Scannone, J. (2017). La teología del pueblo. Raíces teológicas del Papa Francisco. Sal Terrae.
- Wolton, D. (2017). Pape François. Politique et société. L'Observatoire.